

Vida Nueva 2.629

27 DE SEPTIEMBRE AL
4 DE OCTUBRE DE 2008

PLIEGO

Son muchos los que todavía hoy siguen anclados en la idea de que la Iglesia ha difundido a lo largo de la historia un mensaje de rechazo y condena del mundo. Sin embargo, si hay algo realmente católico es disfrutar de él, amarlo con verdadera pasión. Porque nuestra misión como hijos de Dios es tratar de redimir la realidad que nos toca vivir, 'espiritualizando la materia' o 'materializando el espíritu'. No caben, pues, disyuntivas: cristiano y mundo son verdaderos amigos.

CRISTIANO Y MUNDO: ¿amigos o enemigos?

JOSÉ PEDRO MANGLANO

Sacerdote y Escritor. Director de Planeta Testimonio

¿Relación de amor o de odio?

Fui invitado a un programa cultural de RNE con ocasión de un libro que acababa de publicar. Su título, *22 maneras de caerse bien*, había llamado la atención del director y decidieron que fuese el tema de la conversación radiofónica de esa noche. Sobre la mesa se levantaban seis micrófonos, cuatro para los contertulios habituales del programa, encargados de dirigir las intervenciones del invitado, en este caso yo. Visiones muy dispares provocaron una tertulia interesante. Uno de ellos comenzó su intervención manifestando su perplejidad. Resulta sorprendente, dijo: llevamos siglos escuchando de la Iglesia un mensaje de rechazo del mundo, renunciar a la felicidad en esta vida para alcanzarla después de la muerte, aceptar una vida de infierno para alcanzar después otra vida de cielo, unido al mensaje de culpabilizar a un hombre que debe humillarse continuamente ante Dios, que debe fustigar su carne y mortificar su cuerpo como a su verdadero enemigo... y ahora llega un cura que escribe alentando a *caerse bien*. En su asombro latían estas preguntas: ¿estamos ante un sacerdote heterodoxo y rebelde?, ¿se trata de un cambio de estrategia, un maquillaje para recuperar popularidad?, ¿o es que por fin la Iglesia está cambiando? Entiendo su perplejidad. Y éste es el tema que trataré en estas líneas. Adelanto el resultado: sí hay un cambio.

DOS CONSIDERACIONES PREVIAS

Por un lado, admitimos que en Cristo nos fue dada toda la Palabra, con su Hijo Dios ya dijo todo al hombre, después de él ya no cabe más revelación. San Juan de la Cruz lo dice bellamente: "Porque en darnos como nos dio a su Hijo, que es una Palabra suya, que no tiene otras, todo nos lo habló junto y de una vez en esta sola Palabra". Sin embargo, nuestra comprensión de esa Verdad plenamente revelada en Cristo... no es plena. A la revelación plena le correspondemos con una comprensión no plena. El descubrimiento de la verdad cristiana

lo realizamos los hombres de manera progresiva. Esto es, todo está implícito desde el primer momento, pero lo explicitamos paulatinamente, a lo largo de los siglos. Por ejemplo, que Dios es Padre lo sabemos desde que lo escuchamos de la boca de **Jesús de Nazaret**; ahora bien, no hemos descubierto lo que significa la paternidad de Dios con la profundidad actual hasta el siglo XX. Por otro lado, estos cambios suelen darse en dos tiempos. De ordinario, la *teología* sigue a la *espiritualidad*, la racionalización a la vida. Los santos reciben de Dios un carisma que después la teología asume. La teología cristiana se desarrolla al compás de las vidas de los santos.

Cada re-descubrimiento de la verdad cristiana tiene su historia: avances y retrocesos, afirmaciones teóricas negadas en la praxis o, al contrario, verdades afirmadas vitalmente ignoradas en la teoría... La teología se levanta con la razón, sometida a la influencia filosófica, cultural y social del momento... Está condicionada. La relación cristiano-mundo también tiene su historia. La perplejidad del contertulio radiofónico tiene razón de ser. Es preciso conocer la historia de esta cuestión, porque sí ha habido un cambio, siempre que entendamos por cambio el redescubrimiento de una verdad presente ya en el inicio del cristianismo.

I. EL MUNDO, ¿BUENO O MALO?

Primer momento del mundo

El mundo es consecuencia de un acto creador. Antes no era, pues en el principio sólo era el Verbo, la Palabra, el Logos, la Razón. Después fue el mundo.

Ha sido creado: esto es, de algún modo el mundo es expresión de un pre-pensamiento. Ha sido pre-pensado, y por un acto de voluntad es creado; así empieza, por así decirlo, su *existencia objetiva*. Como criatura goza ya de una cierta independencia con respecto a su Creador². La naturaleza tiene su origen en el pensamiento, tiene un logos o razón íntima que la estructura. "Al principio era el Verbo" (Jn 1, 1). En el origen no se encuentra la casualidad y el sinsentido, sino el pensamiento, la idea, la verdad. El mundo no es irracional. Nos resulta posible post-pensar lo pre-pensado. El mundo es bueno y verdadero: "Vio Dios que era bueno", repite en cada ocasión la narración del Génesis.

Segundo momento del mundo

En un momento el hombre introduce el pecado en el mundo. Esa realidad que en el principio era un *paraíso* -el jardín del Edén- la convierte en una selva. **Adán y Eva** toman conciencia de su poder y, en ejercicio de su libertad, comen la manzana del árbol, lo que significa que el hombre le dice a Dios: "Tú no me dices a mí qué es bueno y qué es malo". Cree el hombre poder buscar su felicidad de forma autónoma. El hombre se adueña de la creación, reclama su autonomía, se afirma independiente. En ese preciso momento los hombres cambiaron la realidad, "pues trocaron la verdad de Dios por la mentira, y adoraron y sirvieron a la criatura en lugar del Creador" (Rom 1, 25). Introducen *ruptura*: han desvinculado la realidad de su verdad de origen. Al pecar, el hombre se construye su propio reino en la desobediencia y la rebelión, "centra en torno a sí sus bienes,

Hay un 'antes' y un 'después' de Jesucristo, porque su Encarnación abre al mundo un camino de vuelta

las cosas que le rodean, el campo, el mar, la tierra, el cielo, y opone todo esto a Dios... Este mismo sentimiento arraigó en la esencia del hombre y siguió actuando en todas partes donde el hombre existe. Surgió así algo monstruoso, malo, oscuro: el mundo, en el mal sentido de la palabra; el reino del hombre, apartado de Dios, que pone la creación al servicio de su voluntad. Este mundo está dentro de nosotros y en torno a nosotros³. Inteligencia, belleza, capacidad de amar, dinero... cuando se desvinculan del logos, se independizan de su verdad y se hacen potencialmente peligrosas. Desgajado de su Logos, el mundo se presenta ambivalente. La muerte ha entrado en el mundo y en el corazón del hombre por el pecado ("por el pecado de uno solo murieron todos", Rom 5, 15).

Tercer momento del mundo

En esta situación, constituido Satanás "príncipe del mundo" (Jn 14, 30) y, siendo nosotros "por naturaleza hijos de la ira", muertos por nuestros delitos y pecados (Ef 2, 2), es justo concluir que el mundo le había sido robado a Dios. Pero la historia del mundo continúa, y acontece la Encarnación del Hijo de Dios. Envía a su hijo con la misión de devolver el mundo al Padre, de regresarlo a su verdad originaria e instaurar de nuevo su Reino. ¿Qué es la Encarnación? Afirma san **Atanasio de Alejandría** que "Dios se hizo ser humano para que los hombres llegaran a ser dioses". Esto es, ha habido un proceso de encarnación del ser divino para que la carne entre en un proceso de divinización. La Encarnación marca una línea clara que pone fin al dominio del pecado. Hay un antes y un después de Jesucristo. Dios ha venido a sanar el mundo. Cristo ha abierto al mundo un camino de vuelta. El mundo y el hombre podrán volver a ser lo que eran.

II. LOS CINCO MOMENTOS DE LA RELACIÓN CRISTIANO-MUNDO

Hasta aquí los tres momentos del mundo. Pero claro, pasa el siglo I, el II, el X, llega el XII, el XV, el XX..., y vemos que no está tan claro que haya un antes y un después de Cristo. Porque si se cometían barbaridades en el siglo V

antes de Cristo, en el XX hemos asistido a unas cuantas también. Todavía nos horroriza lo que ocurrió en Alemania hace unos años, y lo que sucede todavía en tantos lugares: abuso de menores, tráfico de mujeres, comercio de órganos, guerras y hambre, maltrato de niños, desigualdades intolerables, etc. No podemos evitar preguntarnos dónde está el antes y el después de Cristo. Queremos gritar: el mundo sigue igual, no se cumplen las promesas del evangelio, en nada ha cambiado la realidad del mundo, ha sido inútil la Encarnación; ¿no nos habremos quedado en el segundo momento del mundo? El tercero es sólo un sueño; 'vida nueva', 'nuevo mundo', 'hombres nuevos'... parecen palabras vacías, promesas que todavía no se han realizado, o, en todo caso, realidades sólo del más allá... Estas cuestiones son verdaderamente graves, y no sería honrado ignorarlas. La respuesta a ellas ha ido configurando el pensamiento y la vida del cristianismo.

su cumplimiento en el más allá. Así entendidas las cosas, ¿qué podemos hacer durante nuestra existencia terrena? Ésta es la respuesta: abandonar el mundo. Se trata de un camino estrecho y selectivo que responde al convencimiento de que mientras estamos en esta vida, si pretendemos desarrollar en plenitud la vida cristiana, necesitamos crear ámbitos donde gobierne el alma, lugares en el mundo apartados del mundo, como *micromundos del Reino* dentro del mundo -monasterios, conventos, ermitas... lo que en sentido figurado llamamos *desiertos*-. En estos lugares se deja el mundo a un lado, de manera que -en la medida de lo posible- se aparta la amenazante realidad terrena. Se renuncia al mundo para afirmar en plenitud la vida cristiana. Huidos del peligro que supone la realidad mundanal, si nos resultaría posible dar la primacía que corresponde a Dios.

Los hombres descubrimos la verdad cristiana de una manera progresiva

a. Micromundos del Reino

Durante los primeros siglos, ante la discrepancia entre *espera* y *cumplimiento*, se desplaza el Reino de Dios *al Cielo*. Se va aceptando que no hay motivo de preocupación, pues *la salvación de Cristo no viene para el cuerpo ni para el mundo, sino más bien para el alma y para el más allá*. Según este modo de entender, el cumplimiento de las promesas de Cristo, la salvación y la nueva vida, no pretenden realizarse en esta vida, sino en el mundo futuro. Este enfoque de la espiritualidad cristiana, que empieza a surgir con más fuerza a partir del siglo X, plantea que el cumplimiento de lo prometido por Cristo sólo afecta al espíritu, al alma, y sólo se dará en la otra vida. Asistimos, entonces, a un *traslado* y a un *retraso*, como si se dijera que la acción transformadora de Cristo y el Espíritu no se compromete con lo que pasó aquí, pues hace referencia únicamente a la dimensión espiritual que alcanzará

b. Antes y después de Cristo en sentido cronológico

En el siglo XI se da un nuevo fenómeno espiritual. Viene de la mano, entre otros, de un personaje importante en la historia de la Iglesia llamado **Joaquín de Fiore** (1135-1202). Se concibe entonces el *milenario*. Estas teorías postulan que Dios deberá alcanzar el objetivo de instaurar su Reino en la tierra ya, en algún momento de nuestra historia terrenal. Esta interpretación de la historia se apoya en el capítulo 20 del Apocalipsis. Joaquín de Fiore afirma que, en correspondencia con las Personas de la Trinidad, podemos distinguir tres edades en la historia. La edad del Padre corresponde al tiempo de la Creación, la edad del Hijo a su venida en la que realiza la segunda creación mediante la redención, y después de mil años de esta segunda etapa empezaba la tercera. Ésta correspondería al Espíritu, y sería el momento en el que se implantaría

de verdad el Reino de Dios en el mundo. De este modo, el pensamiento y el espíritu cristiano reinarían por fin en el mundo a partir de entonces. Entendía que san **Francisco** y el franciscanismo eran una clara manifestación de la llegada de este nuevo mundo. Llegaría, por fin, el verdadero *después de Cristo*. El teólogo **Ratzinger** estudió en su tesis doctoral la obra de una mente prodigiosa que vivió este clima: san **Buenaventura**. Buen conocedor de la raíz teológica de este fenómeno espiritual, apuntaba en 1965: "En mi tesis doctoral he tratado de mostrar que ésta fue la convicción histórico-teológica de todo el primer milenio cristiano. La subdivisión de la historia en un 'antes' y un 'después' de Cristo, en un tiempo no redimido y un tiempo redimido, que hoy nos parecen expresión insustituible de la conciencia cristiana de la historia, sin la cual creemos que no podemos pensar el concepto de la redención y ese eje central que es el cristianismo, es, en realidad, el resultado del giro de la teología de la historia del siglo XIII, causado por los escritos de Joaquín de Fiore, cuya doctrina de las tres edades fue condenada, pero cuya comprensión del acontecimiento Cristo como punto de periodización intrahistórico fue adoptado"⁴.

Es decir, aunque teológicamente sus postulados fueron condenados, su interpretación de la redención de Cristo había cuajado en la espiritualidad de los cristianos, y se transmitió a la generación siguiente. Según ella, esperaban que a partir de un momento de la historia se viviría un verdadero 'después de Cristo'. Joaquín de Fiore postula un antes y un después de la Redención. Jesús de Nazaret produciría un corte en la línea que dibuja el tiempo en su sucesión de momentos. El Reino de Dios, la promesa metahistórica debemos realizarla en la historia, podemos realizar un mundo al que justamente calificaremos de 'después de Cristo', en el que todo sea como debe ser.

Continuaba Ratzinger: "El cambio que esto produjo en la comprensión total del cristianismo debe ser considerado como una de las revoluciones más importantes en la historia

de la conciencia cristiana. Dar una nueva respuesta a esa revolución será una tarea urgente del nuevo trabajo teológico de nuestro tiempo".

c. Los protestantes redescubren el trabajo: *monjes en el mundo*

Vale la pena señalar otro momento relevante. Siglo XVI. El protestantismo parece dar un giro en la espiritualidad y volver a valorar la vida ordinaria en el mundo, el trabajo y las actividades corrientes.

En la Edad Media, la Iglesia, como consecuencia del desarrollo de la espiritualidad que hemos considerado en los epígrafes anteriores, se entiende a sí misma formada por dos grupos. Por un lado, los clérigos y religiosos, que hacen la Iglesia y mantienen su santidad mediante los sacramentos,

uno la voluntad de Dios. El agustino rebelde propone que todo cristiano haga las cosas bien, buscando la gloria de Dios en sus actividades mundanas, y así se santificará.

Como dice el protestante **Sebastian Franck**, con el protestantismo *todos los hombres se han convertido en monjes*. Esta afirmación debemos tomarla en serio: no lo dice en sentido poético, sino teológico. Lo que hace Lutero es llevar la espiritualidad monacal al mundo. Observemos el paralelismo. Si bien es verdad que a uno se le exige abandonar el mundo y al otro no, el trabajo del monje tiene por objeto ejercitar las virtudes y es medio para evitar el ocio; en paralelo, el trabajo en la espiritualidad protestante busca agradar a Dios y ser medio para santificarse: "No ser perezoso y ocioso -escribe Lutero-,

Lutero y el protestantismo cambian la autocomprensión de la Iglesia que se había heredado de la Edad Media

rezos, penitencias y obras de amor a los necesitados. Por otro, los laicos, responsables del mundo. Mediante sus limosnas y fundaciones piadosas, los laicos hacen posible que el primer grupo pueda dedicarse a sus fines santos, al tiempo que se dedican a las necesidades del mundo. Siguiendo la imagen de **Martin Rhonheimer**⁵, en la barca de la Iglesia unos remaban -el primer grupo-, mientras otros -los laicos- viajaban. Si así se autocomprendía la Iglesia en la Edad Media, el protestantismo no lo acepta. **Lutero** niega que haya personas que tengan poderes especiales para representar a Cristo en la Iglesia. No hace falta que unos santifiquen a otros. No hay barca: cada uno tiene su bote personal y es su propio remero. La salvación personal es únicamente resultado del esfuerzo de cada cristiano por mantener la propia fe. En la vida corriente debe conservar y ejercitar esa fe. Como afirma Lutero, la vida dentro del mundo está llena de llamadas: en las actividades ordinarias aparece a cada

no confiar tampoco en el propio trabajo y acción, sino trabajar y hacer, y, sin embargo, esperarlo todo de Dios"⁶. No se propone en ninguno de los casos amar el trabajo ni el mundo. ¿Cómo podríamos amar el mundo siendo una realidad corrompida? Es más, preservar la propia fe exige al cristiano no contaminarse. El mundo no es amable, y gracias a la fe debo ser capaz de pasar por él como de puntillas, sin ensuciarme con su irreparable suciedad. Solamente así resultará grata a Dios nuestra vida en el mundo. La vida ordinaria tiene categoría religiosa en el protestantismo, sí; pero únicamente salva al hombre en cuanto es un medio que le rescata de su estado pecador, pero no le sana. Así es: le rescata pero no le sana. El trabajo encuentra su valor en que evita la pereza y el ocio, como el trabajo de aquellos monjes que hacían cestos que destruían en cuanto estaban terminados. El trabajo es un instrumento para 'mi virtud'.

No importa hacer una cosa u otra, sino únicamente que sea ocasión de dar gloria a Dios⁷. El trabajo vale porque es capaz de procurar la salvación individual, y por nada más. No tiene valor en sí mismo, goza únicamente de valor *instrumental*: se trata de agradar a Dios manteniendo en él la fe que todo lo espera de Dios. Y el mundo... por un lado, Dios me llama en él; por otro lado, el mundo está corrompido y la acción del hombre de fe tampoco será capaz de redimirlo. No es posible santificarlo. Es más, la preocupación debe ser la de mantenerse puro en el mundo a pesar del mundo. El trabajo y toda actividad –ya sea comer o investigar, hacer deporte o labrar la tierra– deben ser realizados sólo por amor a Dios y no por amor al mundo. *Disfrutar* del mundo se debe evitar a toda costa; el impuro mundo nos contaminaría si dejásemos que algo de nosotros se complaciera en él. Quien haya leído o visto la interesante obra *El festín de Babette*⁸ cuenta con un buen ejemplo de la advertencia protestante: ¡ojo a disfrutar del mundo!

d. Una espiritualidad para laicos: versión laica del espíritu religioso

La Contrarreforma hereda de la Edad Media la división de los cristianos en los dos grupos antes mencionados, y esta división resulta determinante una vez más. De todas formas, son muchos los del primer grupo –sacerdotes y religiosos– que se ocupan de predicar, escribir, gobernar y dirigir espiritualmente a los del segundo grupo –laicos– para que lleven una vida piadosa y cristiana, a pesar de que se encuentren en el mundo.

Por señalar alguno, san **Felipe Neri** (1515-1595) organiza los Oratorios, lugares de encuentro diario de hombres y jóvenes; allí leen y comentan las Escrituras y libros espirituales, hacen oración, se organizan para llevar a cabo obras de caridad. San **Juan de Ávila** (1500-1569) también trabaja y escribe a los casados y a quienes trabajan en el mundo, les anima a llevar una vida cristiana mediante la oración y obras de caridad compatibles con sus circunstancias. Lo mismo **Fray Luis de Granada** (1504-1588). Quizás el más

El Vaticano II irrumpe en la relación cristiano-mundo de modo prodigioso

importante en esta espiritualidad sea san **Francisco de Sales** (1567-1622). Gran parte de su trabajo se dirige a personas que viven en el mundo. *Filotea* y *Teótimo* recogen bien su 'humanismo devoto'. Todos estos santos desarrollan lo que podríamos llamar una 'espiritualidad para laicos'. Esto es, señalan y enseñan caminos para que aquellos cristianos que no han recibido una 'vocación de plenitud de vida cristiana', sean capaces de vivir unidos a Dios a *pesar de* continuar en el mundo. Se trata de vivir *devotamente*, de *compaginar* la vida corriente y los deberes profesionales y familiares con la vida de trato con Dios. Nos encontraríamos ante dos actividades siempre distintas, sin punto de contacto, pero que el cristiano devoto hará compatibles. Esta 'espiritualidad para laicos' viene a ser como una *versión de la vida religiosa para laicos*. No se plantea la redención del mundo, ese elemento adverso en el que no queda más remedio que continuar; tampoco tiene presente que el trabajo en sí mismo tenga un valor religioso. Las actividades ordinarias no ofrecen nada que no sea un campo para ejercitarse en virtudes y obras que ofrecer a Dios.

e. Una espiritualidad laical

El Vaticano II irrumpe en la historia de la relación cristiano-mundo de manera prodigiosa. No es cristiano cualquier planteamiento que niegue la redención de este mundo que pisamos y de la mismísima vida terrena del hombre de carne y hueso. Así es: ¡no es cristiano! Este providencial Concilio asume el carisma recibido por san **Josemaría Escrivá**, quien movido por Dios funda una institución –el *Opus Dei*–, hace ahora 80 años, con el fin de que se comprenda y se haga vida una amistosa relación cristiano-mundo, hasta llegar a amarlo 'apasionadamente'. Dios quiere esta revolución, y el Concilio enseña este nuevo planteamiento, entre otros

documentos, en *Gaudium et spes* y en *Lumen Gentium*.

Se rectifican los esquemas anteriores, se admite que nos hemos alejado de los primeros cristianos no sólo en el tiempo sino también en su espiritualidad, y se vuelve a ellos: "Todos los fieles, cualquiera que sea su estado o régimen de vida, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad. Todos los fieles, en cualquier condición de vida, de oficio o circunstancia, y precisamente por medio de todo eso, se pueden santificar cada día más, siempre que todo sea recibido con fe, de la mano del Padre celestial; siempre que se coopere con la Voluntad divina a manifestar a todos, incluso en su servicio temporal, la caridad con que Cristo amó al mundo"⁹. El Reino de Dios no es un reino del cielo. Por supuesto que la vida religiosa es un formidable don de Dios a su Iglesia, pero cuando se postuló como única forma de plena vida cristiana, "la salvación de los seres humanos se convirtió en una salvación de las almas, que se realiza igualmente en el más allá, después de la muerte. Pero con esto no dio una respuesta, porque la grandeza del mensaje de Cristo está precisamente en el hecho de que el Señor no habló únicamente del más allá ni de las almas, sino que se dirigió al cuerpo, al ser humano completo en su corporeidad y su inserción en la historia y en la comunidad, y está en el hecho de que prometió el reino de Dios al ser humano que vive corporalmente con otros seres humanos en esta historia"¹⁰. La vida cristiana, entonces, ya no se entiende "como algo solamente *espiritual* –espiritualista, quiero decir–, propio de gentes puras, extraordinarias, que no se mezclan con las cosas despreciables de este mundo, o, a lo más, que las toleran como algo necesariamente yuxtapuesto al espíritu, mientras vivimos aquí"¹¹. El propósito de Cristo, y de los cristianos con Cristo, es devolver el mundo a su

plenitud original. Tenemos que redimir el mundo *desde dentro*, conscientes de que todo lo corporal es redimible y es bueno. Y esto en todos los ámbitos de la sociedad: en el periodismo, en el hogar, en la medicina, en la fábrica, en la multinacional, en la farmacia, en el campo... porque amamos el mundo y queremos redimirlo, devolverle su libertad original. Ser cristiano, entonces, significa *participar en el gran movimiento cósmico de divinización*, devolviéndolo a aquél de quien surgió. Este movimiento protagonizado por Cristo no es nada distinto a la liturgia; así se entiende que san Josemaría describiese el día del cristiano como "una misa que dura veinticuatro horas". Por supuesto que la salvación del mundo no la realiza el cristiano con su trabajo y esfuerzo. Eso es tarea del Espíritu. Sólo el Espíritu salva. Ahora bien, quiere realizarlo contando con los hijos de Dios, en quienes habita por la gracia, mediante su trabajo y sus ocupaciones ordinarias. El cristiano que vive unido a Cristo posibilita que Cristo 'atraiga todo hacia Sí' (Jn 12, 32) y se desarrolle ya el Reino de Dios en este mundo, que el mundo se renueve en Cristo, hasta que Dios lo sea "todo en todos" (1 Cor 15, 28).

Lo que ocurre es que la línea con que Cristo rasga la historia, que marca un antes y un después, no separa en la línea cronológica del tiempo (como interpretaba Joaquín de Fiore), sino que se dibuja dentro del corazón de cada hombre. Es decir, los corazones de los hombres pueden dividir su existencia en un antes y un después de Cristo, pero no el cosmos. La redención que nos trae Cristo cuando viene a asentar su Reino, no nos habla sólo del más allá; él quiere redimir la vida de aquí, el mundo, quiere que este mundo y esta inteligencia y este cuerpo bello... sean redimidos. Él no ha venido para hablarnos de una redención del más allá; su propósito es realizarla aquí, y hacernos entender que el Reino de Dios ya está aquí, en medio de nosotros, dentro de cada uno (cfr. Lc 17, 21).

El hombre que acepta libremente a Cristo -que vive *después de Cristo*- "se va renovando como imagen de su Creador, hasta llegar a conocerlo" (Col 3, 10).

III. EL MATERIALISMO CRISTIANO

¿Cómo se hace realidad esta vida nueva laical? Un caso sencillo nos ilustrará. A un chaval, poco creyente, se le muere su padre mientras realiza el servicio militar. Escribe una carta diciendo que tras ese mazazo, con tanta oscuridad y búsqueda, se ha convertido y ha descubierto a Dios. Y, como quien registra misteriosos cambios que ha sufrido de forma casi imprevisible, afirma con satisfacción que ahora ve todo distinto. Ejemplifica así: antes miraba a las chicas como objetos; ahora, dice, las ve de otra manera, y se asombra cuando adivina en ellas una dignidad que llega a imponerle respeto. Reconocía haber robado tanta dignidad a las mujeres, y no entendía cómo no se había dado cuenta hasta entonces. También le había cambiado su *visión* del trabajo: si antes le suponía una pesadez que le conducía al fin de semana, ahora lo disfrutaba, incluso se sentía libre 'metido en su agujero'... *Veía* todo de otra manera, sí; incluso el mero hecho de contemplar el sol le alegraba.

Leyendo la carta, me acordé de la Primera Carta de San Pedro, donde dice: "Pueblo adquirido por Dios, proclamad las hazañas del que os llamó a salir de la tiniebla y a entrar en su luz maravillosa" (1 Pe 2, 9). La tiniebla, esa oscuridad de que hablaba el *Calígula* de **Albert Camus** cuando pedía agallas para enfrentarla, para vivirla sin consuelos de mujerzuela porque esa autocompasión significaría cobardía e indignidad, esa oscuridad es la misma de la que nos quiere sacar y redimir Cristo, dándonos una luz. El cristianismo es básicamente luz, porque gracias a él las cosas dejan de sernos opacas. Cuando vemos un árbol, por ejemplo, ya no vemos sólo materia, sino que se nos revela en él un mundo inmenso, se nos muestra con unas ventanas que nos permiten

ver en su misma realidad material belleza, libertad, creación, amor... Después del día de Reyes, un universitario, recién levantado, va a desayunar; sus padres le llevan a la ventana; ve aparcado un Volkswagen Polo negro, impecable, con una enorme cinta roja que lo abraza por sus cuatro costados y se anuda sobre el techo con un formidable lazo. "Éstas son las llaves", le dijeron. Asombrado, se queda mirando fijamente el coche mientras dice un alargado "estáis locos". Algo de eso tiene lo de amar al mundo. Amar al mundo quiere decir ver más allá de la materia. Pero... ¡jojo!: al decir ver más allá, no quiero decir algo que no está en la materia, como si ésta no fuese más que un signo que remite a otra realidad que es la que quiero mirar. Se trata de *ver* la materia misma, pero más allá de su exclusiva materialidad. Así ocurre cuando miramos habiendo entrado "en la luz maravillosa" de Dios a la que nos invita san **Pedro**. No miraba a sus padres, sino al coche, y veía... una locura. Mira un coche con un lazo rojo, pero no ve sólo chapa, lunas de vidrio y caucho de ruedas envuelto inútilmente en trapo rojo. Aquella materia está espiritualizada, ve el amor que expresa el lazo y, mirando el coche exclama un sereno y entusiasta "estáis locos". Ésta es la locura de los cristianos, que en la vida ordinaria, en el trabajo y en toda nuestra relación con este mundo amigo, espiritualizamos la materia las 24 horas del día. Ser cristiano es vivir con una luz que transforma la mirada, la actividad y el mismo mundo. En esta novedad advertimos que en lo necesario puede haber libertad, que lo opaco puede ser transparente, lo grávido flotar, lo pequeño grande y la prosa poesía... Se produce la vida nueva en el día de cada día, donde el dolor es gozo; el sacrificio, gustoso; la obediencia, libertad; la mortificación, vida; la entrega, riqueza...

Ser cristiano es vivir con esa luz que transforma la mirada y el mundo

Nos enseña que las cosas no valen sólo por lo que son, sino por el amor que reside en ellas, y nuestras actividades ordinarias por el amor que pongamos al realizarlas.

Espiritualizar la materia y materializar el espíritu

Cuando alguien alimenta a su perro, elige el producto de mayor valor alimenticio, con abundantes proteínas y ajustadas calorías, llena el cuenco... y misión cumplida. Pero en una comida familiar no pone un insípido prefabricado; se esmera en preparar un plato que al valor nutritivo le acompañen valores estéticos y gustativos... Además, el cuidado de la vajilla, cubertería, mantelería... con las normas de educación y, si es posible, aprovechándolo como ocasión de encuentro social... La alimentación de un animal dista mucho de cómo la persona cubre esa misma necesidad. Así, poniendo intención, libertad, amor, exquisitez, arte, sobreabundancia, queriendo agradar, cuidando las cosas pequeñas... *se espiritualiza* todo lo relacionado con esa básica exigencia de la animalidad del hombre. Las cosas pequeñas cobran verdadero protagonismo. Se vive una sana tensión que no carga. Puede haber errores y fallos, pero se busca el exceso, y sabe que, si no hay exceso, normalmente es porque falta amor. Cuando no hay amor se cumple haciendo lo necesario, y al *cumplir* no se devuelve libertad a la materia, no se ama *con lo que se hace ni lo que se hace*, sino que simplemente se sobrevive, y sobreviviendo no se redime al mundo. Es el mismo proceso del Verbo encarnado, que espiritualiza la carne. Ése es el proceso. Ser cristiano corriente no es sólo ir a misa y decir "no al aborto"; ser cristiano es participar del movimiento de *la devolución* del mundo a su Creador y a su verdad original. Y participamos de ese movimiento en nuestra casa, en el trabajo, en una fiesta, en el monte, en la enfermedad... En todo ofrecemos de nuevo el mundo a su Creador, espiritualizamos la materia y hasta el quehacer en sí mismo intrascendente. La realidad del mundo, desgajado del Logos por el pecado,

la acercamos de nuevo a su verdad, la devolvemos a su identidad pre-pensada. Es el mismo proceso de la música. Uno toma una cuerda y un pedazo de madera o de hierro, y así el hombre hace capaces de vibraciones cargadas de melodía a aquellos elementos opacos. La materia inerte se convierte en prolongación del espíritu¹². Es la misión de Cristo y del cristiano, que sólo se puede realizar amando el mundo con pasión. San Josemaría habla de *materialismo cristiano*. No es una provocación, sino expresión del misterioso vivir cristiano. Espiritualizar, dar alas, impregnar de libertad, romper la gravedad de la materia para devolverle su santidad primera. Cuando alguien está enamorado decimos que 'flota'. El saber popular dice así que en él obra otra fuerza mayor que aquella fuerza de gravedad que a todos nos tiene sometidos. Podríamos decir

Escribía Juan Pablo II que "el hombre llega a ser imagen de Dios no tanto en el momento de la soledad cuanto en el momento de la comunión"¹³. "Sólo cuando se convierten [hombre y mujer] en una sola carne puede decirse que la creación está acabada y que la imagen de Dios está totalmente inscrita, encarnada en la materia"¹⁴. El hombre refleja más perfecta y plenamente a Dios trino cuando se une con quien ama en el acto conyugal. Es entonces la mejor representación, reflejo, icono, reproducción o encarnación del Dios trinitario: "Que sean uno como nosotros somos uno" (Jn 17, 11). Este acto se convierte así en un sublime acto de espiritualización de la materia y de materialización del espíritu. Amar al mundo supone amar el matrimonio, amar la sexualidad, amar la encarnación del cónyuge... con pasión, porque son realidades sublimes.

La redención no se da en el más allá, nuestra misión es redimir el mundo que hoy tenemos en nuestras manos

que amar al mundo es relacionarse con él de tal modo que el mundo *flote*. Cuidar las cosas pequeñas, poner amor e intención en ellas, ofrecerlas, terminarlas, buscar la excelencia, porque así obra quien vive *espiritualizando la materia* o, lo que es lo mismo, *materializando el espíritu*. La redención no se da en el más allá, nuestra misión es redimir este mundo que hoy tenemos en nuestras manos, y esto se logra redimiendo la materia. Una expresión sublime de este materialismo cristiano la encontramos en el acto de entrega conyugal. Puede ser materia, biología pura y seca, o puede ser la mejor representación de la Trinidad en la tierra. El momento en que uno se entrega se *es del* otro, le pertenece. Un amor así no puede quedarse sólo entre los dos amantes, y se convierte en principio de vida nueva para otros. No podía ser de otra manera. Es lo más grande y fecundo que puede hacer el hombre.

Lo mismo ocurre en la Eucaristía, cuando un trozo de pan se hace cuerpo. La transustanciación del pan en cuerpo de Cristo es lo que el cristiano va haciendo en el mundo: ¡transustanciarlo todo! Y el trabajo no es sólo un manera de ganar dinero, sino de liberar el mundo, de participar del poder creador de Dios y del poder redentor de Cristo, de conocer a otros, de servir, de alegrar, de tener relaciones en las que damos sentido, de alabar a Dios. Se transustancia el trabajo y no se mira sólo desde el beneficio económico.

Hijos de Dios

¿Cómo se hace esto? La vida cristiana en nada se distingue de la vida ordinaria, con sus actividades y ocupaciones. Se trata de vivir la vida corriente como hijo de Dios. Hacerlo todo siendo hijo y comportándose como hijo. Más allá de la confianza que nos infunde sabernos hijos de Dios, la filiación divina transforma la vida y el mundo.

Alguien me comentaba que se había propuesto rezar un elevado número de oraciones cada hora de estudio. ¡No se trata de eso! Cuando se estudia... hay que estudiar. No hay que añadir una actividad pía al trabajo como si el trabajo fuese algo ajeno a Dios y hubiese que acompañarlo de 'oraciones'. El mismo trabajo es pío en ese sentido: el trabajo es trato con Dios, alabanza y oración, misa vivida, sacrificio santo y actividad misionera. Él mismo lo es... si trabajo como hijo de Dios. Es posible vivir como ángeles una vida extraordinariamente humana. En este sentido animaba san Josemaría a "hacer endecasílabos de la prosa de cada día"¹⁵. Hacer de lo cotidiano una bella composición poética. Como otro rey Midas. Como un verdadero hombre fundido de carne y espíritu, un ángel encarnado y una carne angelical. Así de revolucionario y 'contradictorio' resulta este vivir sin romper con ninguna ley humana, sino *transustanciando*, dándole libertad a los actos, devolviendo las cosas a su plenitud original. *Santificar* es introducir sobre todo libertad, libertad, libertad...: la libertad que perdió el mundo cuando el hombre introdujo el pecado.

Disfrutar del mundo

El papa **Benedicto XVI** pasaba unos días del verano en los Alpes, y solía aprovechar para tener encuentros o tertulias con los sacerdotes de la zona.

Era un rato de entrañable conversación en el que cada uno contaba o preguntaba lo que quería. Aquel martes se encontraban con él alrededor de 400 sacerdotes. Uno de ellos cogió el micrófono para plantear al Papa un dilema que arrastraba sin resolver desde su juventud: algunos superiores del seminario eran algo rígidos, y le reprendían porque 'a mí me gustaba más jugar al fútbol que hacer la adoración eucarística'. Cuentan los presentes que la intervención provocó cierta tensión en el auditorio, pues le estaba pidiendo que tomase partido. ¿Cómo respondería el Papa? Si decía que los superiores tenían razón... y si decía que la tenía él... El Papa habló con gesto divertido: "Yo estaría en contra de la alternativa entre jugar al fútbol o estudiar Sagrada Escritura o Derecho Canónico. Hagamos las dos cosas". Y siguió: "Pero, ¿acercar el hombre a Dios y Dios al hombre no pasa sobre todo a través de lo que llamamos 'humanidad', que es irrenunciable, incluso para nosotros, los sacerdotes? ...vivimos con los pies en la tierra y los ojos en el cielo. El Señor nos ha dado ambas cosas y, por tanto, amar las cosas humanas, amar la belleza de su tierra, no es sólo humano, sino también muy cristiano y precisamente católico. Una buena pastoral, realmente católica, tiene en cuenta este aspecto: vivir la humanidad y el humanismo del hombre, todos

los dones que el Señor nos ha dado y que hemos desarrollado y, al mismo tiempo, no olvidar a Dios, pues al final la luz viene de Dios, y sólo de Él procede la luz que da alegría a todos estos aspectos. Por tanto, quisiera comprometerme simplemente en la gran síntesis católica: ser verdaderamente hombre". Aclaró que cada uno, "según sus dones y según su carisma", debe "amar la tierra y la belleza que el Señor nos ha dado, y dar gracias porque en la tierra resplandece la luz de Dios, que da el esplendor y la belleza a todo lo demás. Vivamos en este sentido con gozo la catolicidad. Ésta sería mi respuesta". Y se levantó un aplauso prolongado y entusiasta, el único aplauso del encuentro. Es tontería plantearse estas disyuntivas. La disyuntiva de Dios o mundo no es católica (llama la atención que en esta ocasión el Papa habla hasta cuatro veces de la *catolicidad* de esta síntesis). A Dios le entusiasma que disfrutemos con las cosas de este mundo y que lo redimamos. Nos ha hecho hombres, y le encanta que seamos muy humanos. Tenemos que amar la belleza de la tierra y enseñar el estilo de los hijos de Dios al resto de los hombres. Efectivamente, disfrutar del mundo es algo realmente católico porque, para los hijos de Dios, '*cristiano*' y '*mundo*' son *verdaderos amigos*.

1. *Carmelo* 2, 22.

2. Esta independencia o libertad de la creación es distintiva de la fe cristiana frente al idealismo, para quien todo lo real está contenido en una conciencia única, y frente al materialismo, para quien todo lo real se reduce a materia. "...para la fe cristiana lo que sostiene todas las cosas es una libertad creadora que sitúa lo pensado en la libertad de su propio ser, de modo que éste es, por un lado, ser pensado de una conciencia y, por otro, verdaderamente ser él mismo. (...) En el principio de todas las cosas existe una conciencia, pero no una conciencia cualquiera, sino la libertad que a su vez genera libertades. Por eso, sería bastante acertado definir la fe cristiana como filosofía de la libertad. Según la fe cristiana, ni la conciencia comprensiva ni la pura materia

explican todo lo real, en la cima de todo hay una libertad que piensa y que, al pensar, crea libertades; una libertad que convierte a la libertad en la configuración estructural de todo ser" (J. Ratzinger, *Introducción al cristianismo*, Sígueme, Salamanca 2005, pág. 134).

3. Romano Guardini, *Dominio de Dios y libertad del hombre*, Ediciones Guadarrama, Madrid 1963, págs. 167-168.

4. *Ser cristiano*, Desclée De Brouwer, Bilbao 2007, págs. 33-34, nota 1.

5. Martín Rhonheimer, *Transformación del mundo*, Ed. Rialp, Madrid 2006, parte II.

6. Citado en Martín Rhonheimer, *Transformación del mundo*, pág. 63.

7. En la espiritualidad protestante, da igual un trabajo u otro, porque uno y

otro son indiferentes; nosotros diríamos que da igual un trabajo u otro en cuanto que cualquiera de ellos es *oportunidad* para encontrar a Dios, pero no porque en sí mismo el trabajo sea indiferente. La diferencia es esencial.

8. Isak Dinesen, en *Anécdotas del destino*, Alfaguara, Madrid 2002, pp. 31-75.

9. Constitución dogmática *De Ecclesiae*, Concilio Vaticano II, capítulo V.

10. J. Ratzinger, *Ser cristiano*, ibídem, pág. 28.

11. Josemaría Escrivá, *Amar el mundo apasionadamente*, en *Conversaciones*, Rialp, Madrid, n. 113.

12. "La palabra hecha música es sensibilización, encarnación, atracción de fuerzas pre y supraracionales, captación del timbre oculto de la creación,

descubrimiento del canto que reposa en el fondo de las cosas. Pero esta conversión en música es a la vez el movimiento inverso: no es sólo encarnación de la palabra, sino espiritualización de la carne... Hay una corporeización que es espiritualización, y una espiritualización que es corporeización. La corporeización cristiana es a la vez espiritualización, y la espiritualización cristiana es una corporeización en el cuerpo del logos humanado". (J. Ratzinger, *Un canto nuevo para el Señor*, Sígueme, Salamanca 2005, pág. 143).

13. Audiencia del 14 noviembre 1979, 3.

14. Yves Semen, *La sexualidad según Juan Pablo II*, Desclée De Brouwer, Bilbao 2005, pág. 80.

15. *Amar el mundo apasionadamente*, en *Conversaciones* n. 116.